

Bahía de la Providencia

Mañana habrá eclipse de sol. La sombra de la luna tocará la tierra precisamente aquí, en Kamchatka y en Chukotka, pasará por el Estrecho de Bering, después a lo largo de las costas de Alaska y alcanzará el norte de Canadá. Los exploradores del polo, los científicos, y simplemente los habitantes de esas regiones, es decir, los pasajeros de la línea aérea Aeroflot en las rutas nórdicas, todos tenían prisa. Unos para llegar lo más pronto posible a su casa, otros, a su trabajo, otros para poder ver el eclipse. Pero el Norte no sería Norte si no introduciría sus inesperadas correcciones en los planes y sueños de todas las personas que allí se encontraban.

Todos ellos desde hacía una semana estaban sentados esperando en la región de Anadyr, y cada dos horas escuchaban el mismo anuncio: "Vuelo Anadyr - Providencia está demorado por problemas meteorológicos". "El vuelo Anadyr - Magadán está demorado por problemas meteorológicos"... "El vuelo..." Así ocurría con todas las direcciones. Así, voluntaria o involuntariamente, uno comenzaba a compenetrarse en una nueva ciencia, la meteorología. De pronto te asemejarás a un investigador y descubrirás algún espantoso secreto sobre el clima al cabo de tres o cinco días. Por lo menos, cada vez no habrá que despertar y escuchar el anuncio mal perceptible de un viejo reproductor instalado en la pared sucia en el rincón de la sala de espera.

La palabra "sentados" no refleja del todo correctamente la realidad. La mayoría de la gente no podía estar sentada porque no tenía en qué sentarse. Los que real-

mente encontraron lugar para sentarse en una de las dos decenas de sillas que milagrosamente se conservaron, permanecían sentados, sin levantarse, en el ángulo agudo y duro apoyo con el hueso sacro. Pero si alguien se levantaba para ir al baño, perdía su asiento. Por la noche, para que la sangre no presionara en los pies, los pasajeros con mucho cuidado los levantaban y colocaban en los respaldos de los que se encontraban sentados adelante, y después se dormían inmediatamente. Visto de costado eso se parecía a una lenta grabación de repiqueteo organizado de hinchas en un partido de fútbol, cuando éstos en orden sucesivo se levantan en forma de "oleadas", levantando las manos hacia arriba, luego en orden inverso se sientan en sus lugares. La que más se alegra es la última fila. Pero, como siempre, no tiene suerte el primero. Por la mañana, cuando todos se despertaban por el ruido estridente que originaba el consecutivo aviso, sobre el fondo oscuro del abrigo o trajes de las personas sentadas adelante en "las butacas de la platea" se veían muy bien claro las huellas de las suelas. Pero nadie a eso le prestaba atención. Puesto que no era un grosero atrevimiento, sino una necesidad fisiológica.

Los restantes pasajeros se acostaban directamente en el piso frío de baldosas, colocando debajo de sí algún diario y estirando los pies con satisfacción. Alguno lograba ocupar espacios en la oficinista, donde de día se vendían pasajes. Allí el piso de madera y las divisiones de madera terciada los salvaba un poquito de esa mezcla de asquerosos olores de coñac, provenientes del expendio cercano, y de los calzados, botas y medias que no se sacaban durante semanas enteras.

Por la mañana, aquellos que no eran de "butacas", fácilmente salían afuera y paseaban alrededor del edificio de madera de dos pisos del aeropuerto. Lo sorprendente era que no veían los coloridos de la naturaleza circundante, no sentían la frescura del aire, todo impresiona-

ba ser algo gris y nebuloso, como si la luna, sin esperar que llegara su momento, ya ensombrecía los brillantes rayos solares. En realidad aquí entra a funcionar un mecanismo protector. La permanente indefinición y la comprensión de la imposibilidad de quitarla no permitía que entrase en acción todo el conjunto de los receptores humanos. El organismo por sí solo, para no extenuarse ante las pruebas continuas, ensombrece los colores claros, nivela los relieves de la localidad, crea en torno suyo algo parecido a un manto invisible. Se oía nitidamente sólo el rugir de los motores de los aviones de caza que despegaban o aterrizaban en las cercanías. Para los militares todo era cosa corriente. Si el estado del tiempo es bueno o malo, ellos siempre vuelan.

En el suelo, en el rincón más alejado de la sala, se instalaron dos hombres. Uno de ellos era químico, un muchacho rubio y delgado, quien hacía siete días había defendido su tesis de diploma, y por la cuota de distribución fue asignado al Instituto Artico, y de allí urgente lo mandaron en una expedición.

El otro era electronavegante. Era mayor que aquél, con “pancita”, evidenciaba estar casado y bien ciudadano. Hacía ya diez años que vivía en el norte con su familia, pero esta vez venía también de Leningrado, dónde recibió las instrucciones respecto a una próxima patrulla glacial en el mar de Chukotka. En realidad, en San Petersburgo él se encontraba de paso, regresaba de sus vacaciones en el Sur, donde comúnmente gastaban el dinero ganado trabajando en la zona del Círculo Polar.

Ellos permanecían sentados sobre un “césped” artificial hecho con el periódico “Leningradsкая Pravda” abierto, se comían con avidez los endurecidos sandwiches caseros con fiambre Cracovia y miraban el mapa de la zona donde debería recorrer próximamente el patrullero glacial. La mirada del químico se concentró en una fotografía en blanco y negro que estaba debajo del

paquete con sandwiches. Allí estaba marcada la posición geográfica de la franja de la fase completa del eclipse de sol, que sucedería el 10 de julio de 1972. La franja oscura coincidía de una manera extraña, casi totalmente, con la zona donde les tocaba trabajar en el futuro, destacada con puntos sobre el mapa del electronavegante. Al principiante operador glacial eso le sorprendió, le alertó e incluso de alguna manera le asustó. Por lo menos él dejó de masticar, pero no pronunció una sola palabra.

Al día siguiente se vería el eclipse. Nadie ni nada podía suspender ese fenómeno. Debía ser precisamente por eso que en el aeropuerto comenzó el alboroto. En forma urgente, a pesar del mal tiempo que hacía, comenzaron a preparar un avión para los científicos del Observatorio de Púlkovo. Al pasar una semana allí los astrónomos se habituaron al forzado paradero que les brindó la providencia a los pasajeros. ¡Pero ahora, sin embargo los necesitaban! Se acordaron del eclipse. Los aviadores militares no obstante realizaban sus vuelos... Significaba que ellos también podían... La lógica, hay que destacarlo, es matadora en todo sentido.

El electronavegante era especialista glacial con experiencia. Con frecuencia le tocaba volar por la ruta Amderma - Tiksi - Dikson - Anadyr... y él sabía que en situaciones extremas siempre era mejor, aunque sea en apariencia, impresionar como jefe. Es así que ese día él, con su excelente calvicie, su barbita prolija, su blanca camisa y su moderna corbata con franjas, se permitió subirse al avión que se preparaba a volar. Abriéndole paso delante suyo al joven especialista con las valijas, no olvidaba lanzar excusas a derecha e izquierda ante los sorprendidos astrónomos: “¡Camaradas! Mañana debemos observar ese fenómeno desde el buque en el Mar de Chukotka. ¡Es una responsabilidad colosal! ¡Colosal!”

Un avión pequeño que cargó a su bordo quince personas y una decena de cajas con huevos frescos, de una

manera fácil, casi sin mucha carrera, remontó vuelo y dentro de un instante se elevó por encima de las muy bajas nubes oscuras. En las ventanillas del avión entraron fuertes rayos del sol, como si hubiese perforado la sucesión interminable de acontecimientos. Como si fuese que todo lo que aconteció hasta aquel momento se ocultaba detrás de una membrana y por eso parecía ser de color gris o blanco y negro.

Al cabo de una hora todos juntos se lanzaron para mirar por las ventanillas. Abajo se podía ver un poblado transpolar, situado prácticamente al pie de los cerros nevados que rodeaban la Bahía de la Providencia de color azul celeste. Después del aeropuerto de Anadyr, todo se parecía a la ciudad de Sochi: coloridos muy similares, los mismos paisajes y en el aire similar aroma del mar. Lo único distinto era el mar frío y no tan salado, aunque también reflejaba los colores claros del cielo celeste. Un barco blanco no muy grande estaba anclado en el amarradero del puerto y complementaba hermosamente el maravilloso cuadro.

Por fin se reunió todo el comando del patrullero glacial. Ahora, por unos cinco meses, su hogar sería ese buque de tipo glacial, no muy grande a primera vista. Esa misma mañana todos se aprestaban a zarpar, olvidando incluso el eclipse. La naturaleza por sí sola les hizo recordar. De pronto el cielo se oscureció, haciendo recordar la penumbra del atardecer, la pequeña "hoz" del sol tapado por el círculo oscuro de la luna lentamente desaparecía. Como despedida, primero se vio un destello de un círculo brillante, después se iluminó en forma de resplandeciente anillo. En el cielo matinal al comienzo se percibieron refulgentes estrellas. Pasó un minuto, después otro. Primero se apagó el centelleo de las estrellas, después comenzó a iluminar el resplandeciente sol, y el cielo celeste claro de nuevo devolvió el color azul del mar nórdico. El misterio de la naturaleza desapareció tan de repente, como había aparecido. El buquecito blanco con

nombre tan simple, "Maiak", sin prisa, como si destacara su importancia, se alejó del amarradero del puerto.

A los marineros, a los alumnos de escuelas militares y a los estudiantes químicos los instalaron en los camarotes grandes de la proa del buque, a los jefes, más cerca de la popa. El joven especialista y el electronavegante, como viejos amigos de infortunio, se instalaron en un camarote para dos personas, en la zona media del buque. Comenzó el trabajo. Algunos con este trabajo retornaron a una vida plena. En su casa, con la familia, ellos no se sentían bien por estar fuera de sus actividades, algo así como si fuera un oficial dado de baja antes del término o como un delincuente reincidente puesto en libertad. Otros, los "calculadores", de inmediato comenzaron a trazar calendarios, contar los días que les restaban para el regreso, al mismo tiempo comenzaron a calcular la suma de dinero que percibirían al finalizar la expedición: sueldo básico, por tareas expedicionarias en tierra, por los días tormentosos, por casos cadavéricos, y además el coeficiente "2" por el hecho de que el buque estaba registrado en la Bahía de la Providencia.

Transcurrió una semana. Por ahora no se veían los bordes del hielo, no había fuertes vientos y no había necesidad de luchar con la congelación de la cubierta superior del buque. Molestaba únicamente la marejada. No obstante, casi para la mitad de los miembros de la expedición todas las bellezas del Norte ya empalidecieron. Comenzó a sentirse el malestar marino. En el laboratorio hidroquímico, con una superficie de dos por tres metros, aparte del joven especialista de Leningrado, a su vez "jefe químico", trabajaban otros dos estudiantes. Los dos vivían en el camarote grande conjuntamente con los hidrólogos. Por razones de trabajo los químicos se levantaban temprano con menos frecuencia, únicamente durante las paradas del buque. Por ello ocupaban las camas de arriba. Debido a las permanentes marejadas, era casi imposible dormir.

Las cortinas, que no fueron lavadas desde hace mucho, colgadas de la cornisa con ganchitos, se corrían de abajo hacia arriba y viceversa, coincidiendo con el ritmo de las marejadas. Su quilla como parte componente se hacía sentir de manera imprevisible. Las cortinas comenzaban a balancearse, ora a la derecha ora a la izquierda. A la derecha, a la izquierda... Al cabo de una hora o dos, todo eso se suspendía, rompiendo la habitual armonía de los raptos nauseabundos, que luego volvían con fuerza aún mayor. En el tiempo libre del cumplimiento del servicio, el vecino del joven especialista habitualmente se sentaba a la mesa, fumaba cigarrillos cubanos marca "Ligeros" y grababa con un soldador eléctrico motivos nacionales de Chukotka en los colmillos de las morzas.

En la popa del buque, en el comedor donde comían los jefes, aunque balanceaba menos, sin embargo la náusea llegaba de repente y casi sin notarlo. Imposible de controlarla. Era preferible comer rápidamente en compañía de los marineros. Tanto más porque quedaba cerca del camarote. El plato con sopa y un pedazo de pan gris siempre mojado en la mano izquierda, la cuchara en la mano derecha. Todo se consumía en un minuto. Pedir una adición era como un consumo inútil de productos; con el segundo plato pasaba lo mismo. Lo más importante era adoptar rápidamente una posición horizontal a fin de que se asimilara algo de la comida consumida.

Habitualmente permanecían acostados unos diez minutos. Más de eso era imposible. Había que correr de prisa al retrete. De ninguna manera había que salir a la cubierta del buque, como suelen describir elegantemente en los libros, sino correr al retrete. Salir a la cubierta enseguida de haber comido se arriesga de caer al agua. En el retrete no hay peligro y resulta más cómodo, puesto que no hay riesgo de caer fuera de la borda y además nadie te ve. El sistema de recodos en la canalización prácticamente no permite salpicarse. Sin embargo, aquí también

hay que saber cuándo inclinarse sobre el orificio en la cubierta. Esto se llega a conocer con el tiempo. Únicamente con la experiencia, por intuición, por la conjugación maravillosa del sonido del motor y el ruido específico en la cañería, percibiendo con el cuerpo la rapidez de la caída de la proa del buque desde la cúspide de la ola sucesiva. Después de todo eso, a "casa", es decir, a la cama.

Las ventanillas están levantadas. Las puertas de todos los camarotes permanecen abiertas para que entre aunque sea un poco de aire. Sin embargo, más rápido éste llega de la sección de máquinas. ¡Pero hay algo notable! Todo eso no finalizará dentro de una hora o, por ejemplo, al día siguiente. Eso continuará pasado mañana y al cabo de un mes y dos meses también...

Transcurrieron dos meses de vida similar. Su contenido se reducía a encontrar de cualquier forma un borde de hielo e informar de ello a todos los buques, simultáneamente había que efectuar investigaciones científicas: medir la velocidad de las corrientes en distintas profundidades, detectar la contaminación de las aguas con productos petroleros, determinar las temperaturas, la salinidad del agua, el contenido de oxígeno, silicio y otros elementos químicos. Después, en base de las cifras reunidas, los geógrafos podrán sacar conclusiones científicas de mucho valor.

Habiendo estado en la parte norte del Mar de Bering y después de hacer un centenar de paradas a fin de tomar mediciones, el buque retornó por poco tiempo al poblado de la Providencia. Se reabastecieron de víveres, agua potable y combustible, recibieron paquetes de cartas que se acumularon en todo ese tiempo y dos días después, sin haberse desacostumbrado de los barquinazos al caminar, de nuevo se encontraron en el centro ciclónico, pero esta vez en los límites de los mares de Siberia Oriental y de Chukotka, cerca de la Isla Herald. Era necesario tomar una decisión sobre cómo seguir más adelante.

No tenían ningún tipo de órdenes. La zona marcada en el mapa con líneas de puntos era tan sólo una recomendación. Los miembros de la expedición, comisionados provisoriamente por cinco o seis meses al buque hidrológico “Maiak”, por fin finalizaron su “reunión consultativa”. Siete personas: hidrólogos, químicos, oceanólogo y el jefe químico superior, conjuntamente con el capitán, pensaban: ¿qué hacer más adelante? ¿quedarse en el lugar o continuar navegando hacia el Mar de Beaufort?

Por una parte, permanecer anclado en el medio del estrecho de De Long entre la Isla de Wrangel y la Tierra Grande era muy agradable. La profundidad alcanzaba unos treinta o cuarenta metros. Eso significaba que cada cinco horas era necesario tomar las pruebas del agua de seis horizontes para hacer las mediciones. ¡Y nada más! Y así durante dos meses. De ese modo no se sentían las marejadas, ni tantas otras cosas... Sí, en general, eso era lo principal. Luego, con seguridad, se podría insertar los resultados de las mediciones en las complicadas fórmulas, supuestamente describiendo las variantes de las diversas corrientes en ese lugar simpático, y a su vez, hacer un determinado aporte al estudio del Artico.

Además, el clima ¡era una maravilla! Durante las horas del día se veían espléndidos coloridos: el mar azul celeste, las orcas con tonos azulados, las morzas opacas y los lobos marinos brillantes.

Por la noche, aparecía la aurora boreal. Sería una gran satisfacción poder descender por una semana en la desembocadura de algún riachuelo, pescar salmones y cazar patos. Después, toda esa faena preparar en salmueras como corresponde y freír. ¡Hartarse con caviar de salmón para toda la vida!

¿Y que pasa desde otro punto de vista?

Si se giraba bruscamente a la derecha y después hacia el norte para verificar si se encontraba lejos el borde límite del hielo, y luego a toda marcha entrar al mar de Beaufort.

¡Allí sí que era una maravilla! Cerca de Alaska y Canadá resultaba un extenso espacio para el romanticismo y la ciencia. Primero, entrar allí después del 15 de septiembre la carta meteorológica no recomendaba. Por eso nadie entraba en esa zona porque era muy peligroso. El hielo llegaba a la punta Barrow y cerraba la salida al mar. La segunda razón, allí la profundidad llegaba a más de tres mil metros. Es decir, cien veces más. Ninguna cantidad de botellitas alcanzaría para retirar pruebas de agua. Habría que trabajar prácticamente en forma permanente, sin respetar turnos... Lógico, ya que no había hielos, las marejadas serían constantes, y eso quitaba el estímulo para el romanticismo, pero de todos modos...

Ellos intercambiaban opiniones durante largo tiempo aunque desde el comienzo todos estaban a favor de la valentía y la proeza. Cuatro de ellos estaban sentados directamente en el piso. Tres, tras la mesa. Los primeros consideraban que así sentados las mareas molestaban menos. Sin embargo todos, en riguroso orden, salían fuera, regresaban y volvían a salir...

Al final resolvieron seguir navegando rumbo al norte para poder ver hasta dónde llegaba el borde de la costa de hielo estacional y luego volver a pensar. Resultó que estaba lejos. Siendo así, no se podía hacer nada. El romanticismo del Norte y el deber del investigador glacial resultaron ser más fuertes que el aspecto fisiológico. Tanto más, según explicó el jefe químico, durante el reciente eclipse de sol precisamente esa zona acuática estaba cubierta por la sombra de la luna. Al parecer, una simple coincidencia. Pero tentaba la curiosidad, parecía contener elementos místicos.

A propósito, no era nada sorprendente que precisamente el químico le prestara atención a dicha coincidencia. La química también es una magia pura. Es que si se toman y se analizan minuciosidad los datos hidrometeorológicos del laboratorio del buque... Si de pronto a

alguien se le ocurre la loca diversión de respirar con los vapores del amoníaco o ácido sulfúrico, lo primero que llama la atención son las botellitas de plástico. Centenares de pequeñas botellitas llenas de agua de diversos horizontes. Están en todas partes: en los estantes, en las mesas, en la cubierta del buque, en los bolsillos de los guardapolvos de raros colores y chamuscados con el ácido, colgados en un clavo. En medio de todo eso se veía al brujo químico jorobadito y el pelo revuelto. Sólo le faltaba un capuchón negro grande. El absorbía con la boca por medio de un tubito de vidrio un determinado líquido, y al segundo lograba escupir en el balde —que estaba en el piso— totalmente otro líquido. Si la marejada continuaba durante todo el turno, entonces sus ojos ya no podían ver los índices del fotocalorímetro, y las franjas de color verde claro que se cruzaban en la pantalla pequeña, de pronto comenzaban a agitarse, a centellear, transformándose en una densa mancha gris.

Cumpliendo la resolución del grupo, el buque “Maiak” recorrió el mar “extranjero” de Beaufort a lo largo y a lo ancho, llegando incluso hasta la desembocadura del río Mackenzie... De pronto, sin anunciar nada a nadie, el capitán giró rumbo a su mar natal de Chukotka. ¿Por qué? ¿Tal vez porque se había asustado del avión americano que el día anterior durante tres horas anduvo sobrevolando entorno al buque, pequeño y resentido de la vida, moviendo con sus alas? Pero ¿por qué tenerle miedo? Si ambos estaban en zona de aguas neutrales. Lo más probable era que los norteamericanos se atemorizaron al descubrir en el otoño tardío del año pasado un pequeño buque de los rusos en las cercanías de la costa nórdica de Alaska. “Pero, ¿por qué? ¡Qué idiotas eran! Puesto que la Carta meteorológica es un documento internacional. Allí todo está dicho. Entonces, ¿qué hacer con los rusos, en el caso de que tuvieran que pasar allí el invierno en los hielos?”

Al fin todo resultó más simple, pero a su vez más complicado. Se enfermó el contraмаestre del buque. Se le inflamó la garganta de tal manera que ya no podía respirar. No había médico a bordo. Consultar por radiocomunicación no era posible puesto que en esas regiones ésta no funcionaba. De allí que el capitán tuvo que tomar la decisión de retornar a plena marcha al estrecho de Bering. Corresponde decir que lo hizo a tiempo. A duras penas logró salir a tiempo. La costra del hielo ya muy cerca llegaba a la Punta Barrow. Si no se hubiera enfermado el contraмаestre, entonces la mística aventura científica con seguridad habría terminado con la inevitable necesidad de pasar allí el invierno. Eso no entraba en los planes de la expedición, tampoco de ninguno de sus tripulantes.

Además, sea dicho con franqueza, ya estaban hartos. ¡Todo lo mismo durante cinco meses! Comían papas secas, sopa de hortalizas envasada en lata, permanentemente pan mojado con salmón salado. Ansiaban estar en tierra firme, conversar personalmente por teléfono con los familiares, comer lechón asado. Por la mañana, unos tenían que hacerse cargo de la guardia y otros seguían durmiendo, a todos los reunía la cocina con el aroma del pan frito en manteca. Este aroma por completo neutralizaba el habitual olor del combustible diesel. Pero eso ocurría solamente dentro del camarote. Uno de los marineros, antes de comenzar su “perruno” turno de guardia, del pan mojado preparaba tostaditas en cantidad suficiente que alcanzaba para todos.

Esa noche no dormía nadie, tampoco estaban dispuestos a comer tostaditas. Esperaban llegar hasta un buque grande de acero, el cual debía recoger al contraмаestre enfermo. Esperaban ver y oír algo nuevo y no habitual, una necesidad natural de las personas que durante largos meses deambulaban por el Mar Glacial Ártico, prácticamente sin radiocomunicación. Sobre los cambios que podían transcurrir en el mundo se podía juzgar

tan sólo por el informe norteamericano acerca de la situación glacial. Gracias al electronavegante que se ingeniaba recibir —sin pagar— del satélite estadounidense cuando el buque “Maiak” pasaba cerca de las costas de Alaska.

Todos esperaban con impaciencia la voz del capitán del buque grande. La misma repentinamente entró al cuarto de mando desde arriba, o desde un costado, incluso desde abajo, a todos les pareció indiferente, enronquecida e impregnada. Impresionaba ser corriente, por lo cual inspiraba seguridad y tranquilidad. Eso de inmediato recordaba de alguna manera la vida moderada en tierra.

—Acércate por el costado izquierdo, no temas, te digo.

—¡Qué significa “no temas” —respondió en voz alta el timonel de la embarcación.

Realmente, ni bien los buques se rozaron con sus bordas, de inmediato uno de los dos botes de salvamento se destrozó en pedacitos. ¿Qué significaba eso de acercarse con la borda? El buque chico se puede decir que tiene “borda”. Sin embargo el buque grande tiene una “pared” de acero de 30 metros, toda con ventanillas iluminadas. Alguna de las quinta o décima cubierta del buque grande, en un segundo más se alineó con la cubierta superior ya bastante dañada del buque “Maiak”. El contramaestre en persona estaba parado cerca de la barandilla. Lo sujetaban un poco dos marineros. Aquél hizo un paso hacia adelante y en ese mismo instante lo tomaron de las manos y lo subieron al buque metálico grande. En ese mismo momento, desde allí empezaron a volar bloques de cigarrillos búlgaros y bolsitas chicas con cebolla japonesa. Todos saben que la gente del patrullero glacial nunca tiene nada, todo les falta. Con seguridad ya se comieron todas las reservas, excepto las papas secas y el salmón salado. Eremitas glaciales. Ellos viven como quieren, van a donde se proponen, si desean van al puerto cada tres meses. Su tarea fundamental es informar dónde se encuentra el límite del manto del hie-

lo. Eso todos lo necesitaban. A los exploradores glaciales les tenían lástima y los respetaban.

¡Era tiempo de regresar a casa! Pero la tormenta, reiterada vez con nueva fuerza se lanzaba sobre el buque, impidiéndole girar. El buque “Maiak”, orientado directamente al norte, ya en el transcurso de dos días se esforzaba impotente, y seguía haciendo funcionar al máximo sus motores de propulsión. Ese potencial sólo le alcanzaba exactamente para resistir al viento de ocho grados y permanecer en el mismo lugar.

El capitán dos veces, pero sin resultado, hizo intentos riesgosos de girar el buque. Se anunciaba la alarma y, bajo los intermitentes sonidos de la alarma, todos se ponían abrigos, gorros, botas abrigadas, llevaban consigo la documentación, pantuflas decoradas para regalo a sus familiares, y subían a la cubierta que balanceaba para todos los lados y el agua helada la bañaba sin parar.

¡Se observó un fenómeno inexplicable! Todos perfectamente comprendían que estar cinco minutos fuera del buque, era el fin. El agua tenía una temperatura de siete grados bajo cero, más de ese tiempo nadie podría sobrevivir. ¿Para qué en este caso llevarse la ropa de abrigo? Incluso en verano, en un estado del tiempo tranquilo y soleado, la tripulación necesitó veinte minutos para levantar una simple caja de madera, lanzada al agua especialmente como elemento de entrenamiento. No obstante, la tripulación y los miembros de la expedición continuaban dócilmente a jugar al “ejercicio de salvamento”.

Muy temprano por la mañana todos se despertaron porque no había marejada. El buque estaba anclado cerca de la costa, al cual protegía contra posibles tormentas de viento una enorme roca. Eso, gracias al ayudante mayor del capitán, quien, sin prevenir a nadie, por la noche decidió hacer girar el buque, colocando la popa contra el viento. Al cabo de cinco horas el buque con éxito cruzó el Cabo Dezhnev, la Isla Romanov y, “al ver” la Roca Ferry,

se resguardó al principio en un pequeño estrecho para después entrar en la Bahía de la Providencia, donde quedó anclado en la rada. Este hecho una vez más confirma: “¡A los vencedores no los juzgan!”

Cuando no había marejadas, de inmediato surgía el deseo de comer. Unas cinco personas se subieron a la cubierta del buque, encontraron bajo una lona impermeabilizada barriles amarrados que contenían pepinos y repollo en salmuera, sin dudar se pusieron a comerlos sin pan. Otros se dirigieron a la cocina para conseguir cebollas japonesas que les habían regalado antes. Al igual como se nivela en forma gradual la presión en los sectores del submarino, de modo similar las extenuadas —por las interminables marejadas— entrañas de la gente exigían una inmediata sustitución de la tediosa comida diaria por otra fresca y picante. Algo similar ocurría con la naturaleza que los circundaba después de finalizada la marejada.

De inmediato desapareció vaya saber adónde la espantosa mezcla de idénticos colores grises del mar y cielo que los circundaba, también el permanente olor del combustible diesel, de las conservas y el omnipresente jugo gástrico. Cosa que los perseguía casi todo el tiempo. En julio, el sol tapado por la luna, no iluminaba únicamente dos minutos. Pero, para bordear la “superficie acuática” marcada por el eclipse, se necesitaron largos meses de sacrificios. Al fin, al salir de ese embrujado círculo de tres mares nórdicos, como si se hubiesen despertado del sueño. Como si el eclipse aconteciera recién. En los ojos apareció el brillo, en todas partes se oía una conversación viva. Una verdadera señal de que la visión había retornado.

Sobre el fondo del mar color turquesa, de pronto aparecieron las rocas de color azul oscuro que por momentos se fusionaban con el color del cielo. A veces, entre las pesadas nubes que corrían rápidamente casi rozando el mar, por instantes brillaba el sol. Entonces toda esa caparazón

de nubes azul-celestes se veían atravesadas desde el cielo por muchos rayos dispersos de luz, la costa y el agua se saturaban de oscuros tonos anaranjados, volviéndose apreciados y atractivos. Sin embargo, el viento no intentaba siquiera calmar. En los estrechos espacios entre las rocas costeras el viento arrancaba de la superficie del mar, un tanto calmado, una gruesa capa de agua formando una bruma con miles de millones de salpicaduras. Pero allí al viento no le alcanzaba fuerzas para originar olas.

Llegó el momento para el ritual especial. Tropezando por falta de costumbre y por culpa del fuerte viento, sujetándose mutuamente para no caer por la borda, salieron a la cubierta los “zombi-extraplanetarios”. Pálidos, en gorros con orejeras y zapatillas caseras, en camisetas quemadas por los ácidos de laboratorio, con pantalones azules deportivos que les colgaban en las rodillas, despidiendo olores de reactivos químicos y a vómitos, todos en fila unos tras otros se desplazaban por la cubierta del buque arrastrando pesadas cajas con ángulos metálicos, usadas para envases de laboratorio y de sustancias químicas utilizadas. Al cabo de un instante, como obedeciendo a un comando, las levantaron sobre sus cabezas, y con los rostros indiferentes bajaron los brazos. Los cajones negros y pesados, como el último símbolo de lo vivido, empezaron a “volar” llevados por una fuerza invisible.

Al final de la expedición, vaya a saber por qué, siempre recordaban a los químicos. Quizás porque todo ese tiempo nadie los había visto. ¿Quiénes eran? ¡Estaba claro que no eran marineros, tampoco hidrólogos y, menos aún, oceanólogos! Tampoco podían ser aquellos que en su infancia soñaban con los mares, con las marejadas y travesías. Hacia aquí, al borde de la Tierra, los trajo el destino, la casualidad y la providencia. Estaría bien si esa experiencia casual de su aguante, en el comienzo mismo de su vida independiente, no fuera para ellos únicamente un breve eclipse.